

AL FINAL DE LA ESCAPADA

À bout de souffle
Jean-Luc Godard, 1959

NO TAN NOUVELLE

No debería escribir sobre algo que no entiendo. Si lo hago es porque dicen que esta película/manifiesto no puede faltar en ninguna colección de reseñas. Lo hago, pues, a regañadientes y desde un punto de vista más humano que cinéfilo.

Para empezar, no entiendo el propósito moral de la historia. Un tipo engreído y adicto a la pose, que se dedica al robo y no duda en asesinar, debería caer mal. Pero si lo interpreta un actor atractivo y el guion le facilita la consecución de cualquier cosa que le apetezca, dinero, coches, chicas, está claro que el tipo resultará envidiable, y hasta admirable. Y por si algún espectador aún andase con remilgos, Godard y Truffaut elaboran un resumen cínico de la filosofía del todo vale para que el protagonista justifique su apuesta existencial: “Los denunciadores denuncian, los atracadores atracan, los asesinos asesinan, los enamorados se aman.”

He leído que Godard buscaba realizar un film diferente a todo lo hecho anteriormente. No sé si lo consiguió. Desde luego, no hay nada novedoso en ensalzar la estupidez y el crimen (detestable). Ni tampoco en las resoluciones fáciles de las escenas de acción (ridículas). Ni en una relación personal basada en diálogos pretendidamente ingeniosos (cargantes) y en el exceso de referencias cultas al cine y otras artes (pedantes). ¿Qué nos queda? ¡Ah, sí, París! Pero tampoco es nuevo.

Desde el punto de vista técnico, mi desconocimiento sólo me permite escribir algunas impresiones:

- Alternancia de planos secuencia de duración extrema: larguísimos unos (travelings interminables), minúsculos otros (cortes inminentes); a mí me parece que eso tiene más que ver con el capricho que con la investigación del lenguaje.
- Actores dirigiendo su discurso a la cámara a fin de parecer más desenvueltos (llevo décadas viéndolo).
- Transeúntes forzados a mirar a cámara, como si la presencia del equipo de rodaje en plena calle los hubiera sorprendido; supongo que con esto se persigue una apariencia de documental (fallida) y una burla al desvelo de otros directores por evitar las miradas fugaces (infantil).

P.D.

Años después de escribir esta reseña leí un comentario de Billy Wilder: «Era un poco como la primera película de ese farsante director francés, Jean-Luc Godard..., ¿cómo se llamaba?» O sea, que Wilder despreciaba *À bout de souffle* y que, en cierto modo, esta película, paradigma de renovación, “era como” otra de 1934.